

“Mi padre fue un arameo errante...”

«Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto...»: así se identifica Israel en una de sus profesiones de fe más antiguas (*Dt 26, 5*).

Todo el Antiguo Testamento es una palabra dirigida a emigrantes y exilados, a gente que conoce por experiencia la dureza de ser extranjero o emigrante forzoso. El pueblo israelita experimentó la migración forzosa en varias ocasiones durante su historia. Además, la mayoría de los libros bíblicos se acabaron de redactar precisamente cuando Israel estaba en esta situación de desarraigo: el exilio de Babilonia.

La condición de Abrahán y Sara fue la de extranjeros perpetuos, carentes de tierra propia y establecidos de por vida en una sociedad a la que no pertenecían. Su historia es la de gente en apariencia desposeídos de sus derechos, pero, en la realidad, portadores de bendición.

El periodo fundacional de la historia de Israel y de su constitución como pueblo está marcado por dos movimientos migratorios: el primero es el descenso a Egipto de algunos clanes acuciados por el hambre en Canaán. Allí, aunque encuentran comida, sufren trabajos penosos y serán tratados como esclavos.

El segundo movimiento migratorio de Israel es el éxodo: todo arranca de una situación de opresión de un pueblo obligado a trabajar en condiciones de esclavitud e incluso amenazado de exterminio. Las tribus salen huyendo de la opresión de Egipto en busca de una tierra, y la salida de Egipto se convierte en el acontecimiento salvífico que da comienzo a la historia de Israel (*Éx 14-15*). El éxodo es el momento de la liberación de la esclavitud y Dios saca a su pueblo de esa situación para llevarle a una tierra «buena y espaciosa». En la entrega del país de Canaán, los israelitas hacen la experiencia profunda de la acción salvadora de su Dios. Pero como esa tierra la ha recibido como don, van descubriendo que no tienen dominio exclusivo sobre ella, sino que deben compartirla con otras gentes hacia las que le son prescritas unas actitudes éticas concretas.

En su credo más primitivo, los israelitas se identifican como descendientes «de un arameo errante...» y, tanto en la oración como en el culto, el pueblo recordará esta realidad de dependencia fundamental: «Soy huésped tuyo, forastero ante ti como lo fueron nuestros padres». Por eso los diezmos ofrecidos deben ser repartidos entre los indigentes: el levita, el extranjero, el huérfano y la viuda... Lo más peculiar de la perspectiva bíblica es que fundamenta esta normativa ética en lo más profundo de su identidad de pueblo de la Alianza. El recuerdo de su historia y de las maravillas realizadas por Dios en favor suyo trae a la memoria de Israel que la tierra es propiedad de Yahvé y es Él quien la ha entregado. y ese “memorial” será el motivo más repetido para mover su compasión hacia los extranjeros.

Un sabio de épocas posteriores recordará así los “agravios” que sufren los que no viven en su propia tierra:

«Penosa vida la del que va de casa en casa; no te atrevas a abrir la boca cuando estés en casa ajena, recibirás avergonzado hospedaje y bebida, y encima tendrás que oír palabras hirientes: “Ven forastero, prepara la mesa, si tienes algo a mano, dame de comer”».

“Sal, forastero, deja el puesto a otro más importante, viene mi hermano a verme y necesito la casa”» (*Eclo* 29, 27)

A partir de esta descripción de las situaciones que vive un extranjero, podemos buscar sus coincidencias con situaciones de hoy.

DOLORES ALEIXANDRE
RSCJ+